EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

JUAN PEREZ,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON JOSE CAMPO-ARANA
Y
DON JUAN A. CAVESTANY.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1881.

JUAN PEREZ.

JUAN PEREZ,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON JOSÉ CAMPO-ARANA

Y

DON JUAN A. CAVESTANY.

Representada por primera vez en el Teatro de la ALHAMBRA el 19 de Abril de 1881.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18

1881.

PERSONAJES.		ACTORES.
ELISA	Sras.	Contreras.
JUANA		Fernandez.
INOCENCIO	Sres.	Romea.
DON MATEO		Castilla.
MIGUELITO		Sanchez de Leon.
ANTONIO		Carreras.
UN MOZO		N. N.

La accion en un establecimiento de baños de las provincias Vascongadas.— Época actual.

Importante. El director de escena debe tener cuidado de que los cuartos de los personajes figuren ser en el primer acto los siguientes: Primera derecha, D. Mateo: segunda derecha, Juana: primera izquierda. Elisa: segunda izquierda, Inocencio.

En el acto segundo, la mudanza se hace atravesando la escena, y quedan Elisa en la primera derecha y D. Mateo en la primera izquierda, permaneciendo en los que tienen en el acto primero Juana é Inocencio.

ACTO PRIMERO.

Salon de descanso de una casa de baños. Dos puertas practicables numeradas á cada lado y una en el centro. Mesa con periódicos. Mecedoras, sillas.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, solo en la puerta del foro y mirando hácia adentro.

Vayan ustedes con Dios! Buen viaje! Hasta la vuelta. (Bajando al centro de la escena.) Gracias á Dios que se han ido. Matrimonio más fastidioso!... Pues como no ande de prisa el mayoral me parece que no cogen el tren en Zumárraga: son ya las diez y media: uf! Estoy rendido! Desde las seis de la mañana en planta! Bien es verdad, que á pesar de ser muchos no bastamos los camareros para el servicio. Estos establecimientos de baños de las provincias se ponen en verano de bote en bote. Entre los que vienen por tomar las aguas y los que vienen por moda, tenemos aquí medio Madrid. Y luégo dicen que se va acabando el dinero! Aquí parece que todos son príncipes segun el lujo que gastan y las propinas que dan. (Mirando por el foro.) Vaya! Aquí vuelve la señorita Elisa! Yo creí que se marcharía con sus tios. (Váse.)

ESCENA II.

ELISA, D. MATEO, que entran por el foro.

MATEO. Aun puede usted descansar un rato ántes del almuerzo.

ELISA. Para qué? No estoy cansada.

MATEO. Pues no será porque no haya usted madrugado. ¿Y á dónde van los tios?

ELISA. Van á un pueblo inmediato á ver á unos parientes suyos, á cuyo lado piensan pasar dos ó tres dias.

MATEO. Y cómo no ha querido usted acompañarlos? Digo, si se puede saber...

ELISA. En primer lugar no estoy en muy buena armonía con esos señores, y en segundo, como mi marido debe llegar de un momento á otro, no quiero exponerme á que cuando venga á buscarme, se encuentre el pobre solo y sin saber qué hacerse.

MATEO. Eso es otra cosa!... Ya me extrañaba á mí!... Pues nada, señora, con franqueza... Yo soy aragonés y no engaño á nadie!... Si mientras viene su marido de usted se le ocurre alguna cosa, cuente usted conmigo para todo.

ELISA. Muchas gracias.

MATEO. Sin cumplimientos. Su tio de usted, que es mi amigo desde la infancia, me ha suplicado al marcharse que esté al cuidado de usted mientras ellos vuelven, y yo no sé hacer las cosas á medias. Ya sabe usted que me tiene á su disposicion para cuanto se le ofrezca.

ELISA. Yo agradezco...

MATEO. Yo soy su padre de usted desde este momento...

ELISA. ¡Don Mateo!...

MATEO. Ó su tio. El caso es que me trate usted con entera franqueza. Ya sabe usted que soy aragonés...

ELISA. Yo le ofrezco que si algo se me ocurre...

MATEO. (Esta mujer es demasiado guapa para tener que custo-

diarla. Hay que andar con cien ojos.) Pues sí señora; están los tiempos muy malos, y todas las precauciones son pocas.

ELISA. ¿Qué quiere usted decir?

MATEO. Que en estos establecimientos hay mucho chisgarabís, y una mujer sola...

ELISA. ¿Qué riesgo ha de haber?

MATEO. Usté es muy guapa.

ELISA. Por Dios!...

MATEO. Yo no engaño á nadie. Usted tiene dos ojos que hacen fuego...

ELISA. Muchas gracias.

MATEO. Yo soy aragonés, señora.

ELISA. Lo que es en este momento más parece usted cortesano.

MATEO. (Tiene razon! Me parece que del primero que debo guardarla es de mí mismo!) Pues nada, desde ahora, cuando quiera usted salir á paseo ó al baño, me avisa usted y yo la acompañaré: lo restante del dia, lo mejor será que lo pase usted en su cuarto: allí no hay riesgo ninguno.

ELISA. ¡Qué capricho!

MATEO. Yo soy responsable de lo que le suceda á usted; y no quiero verme en un compromiso con su tio ó con su marido...

ELISA. Pero considere usted...

MATEO. Nada, lo dicho! Yo soy muy terco como buen aragonés, y cuando me propongo velar por una persona!...

ELISA. (Pues estoy divertida!)

ESCENA III.

DICHOS, MIGUEL.

MIGUEL. (Entrando.) Muy buenos dias.

ELISA. Hola, Miguelito!

MIGUEL. Señor don Mateo!... Encantadora Elisa!...

ELISA. Cómo se madruga hoy!

MIGUEL. Por excepcion, por excepcion. Digan los poetas lo que quieran, yo creo que estas horas de la mañana no se pasan en ninguna parte tan agradablemente como en la cama... á ménos que se esté al lado de una persona como usted.

ELISA. Siempre tan galante!...

MATEO. (Mirando á Elisa.) Ejem! Ejem!

MIGUEL. ¿Á que no sabe usted por qué es tan risueña la aurora?

ELISA. No sé.

MIGUEL. Porque se rie de los tontos que van á verla. Yo tengo sobre este particular diferentes ideas que todo el mundo. Creo que la noche se ha hecho para disfrutar, y el dia para dormir.

MATEO. (Cómo charla este don Miguelito!)

MIGUEL. Pero hoy contra mi costumbre me he levantado temprano y salí un rato á dar un paseo. En el camino me encontré el coche donde iban sus tios, y por ellos supe que no se había usted decidido á acompañarlos.

ELISA. Por fin los convencí de que se fueran solos.

MIGUEL. (Ha buscado un pretexto para no marcharse. Magnífico! Ganemos terreno.) ¿Y piensan estar mucho tiempo ausentes esos señores?

ELISA. No: creo que á lo sumo su ausencia durará dos ó tres dias.

MIGUEL. (Con ménos me basta.) Pues ya procuraremos sus buenos amigos distraerla durante ese tiempo, ¿verdad, don Mateo?

MATEO. Sí, señor, sí... (Empieza á cargarme este moscardon!)

MIGUEL. El campo es muy socorrido para estos casos, y la vida que hacemos en estos establecimientos nos ayuda tambien. Improvisaremos giras, paseos, expediciones á las vecinas montañas; disfrutaremos de la agradable frescura de estos valles y gozaremos del grandioso espectáculo de la naturaleza al ponerse el sol. Oh! Ya verá usted. Ya verá usted. La prometo no perder medio al-

guno de espantar el fastidio!

MATEO. (Me parece que á quien hay que espantar es á tí!)

MIGUEL. Bien es verdad que esto no es difícil tratándose de usted. Por torpe que uno sea, el deseo de serla agradable le ha de dar inventiva para imaginar recursos supremos.

ELISA. Qué amable!

MATEO. (Me escamo! No hay nada más comprometido que ser guardian de una mujer bonita.)

MIGUEL. Lo duda usted? Qué mayor premio puede ambicionarse que verla á usted contenta; que merecer una sonrisa de sus labios?

MATEO. (Cáscaras! Esto no puede seguir más!) (Procurando separarlo de Elisa.) Miguelito?

MIGUEL. (Volviendo la cabeza.) Qué?

MATEO. Cómo está la mañana? Hace frio?

MIGUEL. No señor, calor, un calor espantoso. (Volviéndose á Elisa.) Pues si señora, sí, es el mayor galardon que ambiciono.

ELISA. (Me parece que este tonto viene con plan.)

MIGUEL. Cuando la dulce simpatía que sigue al conocimiento de una persona como usted se convierte en amistad, y esta procura hacerse cada vez más íntima y desinteresada, no se perdona ningun medio de conseguirlo; y yo le aseguro á usted que si lograra...

MATEO. (Que habrá dado muestras de inquietud.) (Cuando digo que me va cargando este hombre!...) (El mismo juego que ántes.) Miguelito?

MIGUEL. (Lo mismo.) Qué quiere usted?

MATEO. Conque no hace calor?

MIGUEL. No señor. Hay muchas nubes y la atmósfera está muy cargada. Yo creo que amenaza tempestad...

MATEO. Es posible. (Como se descuide se va á encontrar con el trueno gordo.)

MIGUEL. Y tardará mucho todavía en venir su marido de usted? Los hombres de negocios...

MATEO. (Caracoles!) Miguelito?

MICUEL. Otra vez?

MATEO. Venga usted acá; venga usted acá.

MIGUEL. Despues, despues hay tiempo; tengo que hablar con esta señora.

MATEO. (Amostazado.) Es que yo no consiento!...

MIGUEL. Qué dice usted? (Levantándose.)

ESCENA IV.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Muy buenos dias, señores.

ELISA. (La andaluza!)

MATEO. (Mi vecina de cuarto.)

JUANA. (Con marcado acento andaluz.) Están ustedes buenos? Me alegro mucho. Yo, bien, muchas gracias. Acabo de levantarme ahora... Como anoche nos recogimos tan tarde. Hola, señor don Mateo! (Cómo me mira este hombre!... Estaban ustedes ocupados? He venido á estorbar? Qué es esto? Están ustedes mudos?

ELISA. (Qué taravilla!)

MATEO. Como usted se lo dice todo...

JUANA. Que yo hablo mucho? Ay, hijo mio, pues si me decía mi difunto el coronel, que yo jamás desplegaba los labios!... Bien es verdad que él era un poco sordo.

MATEO. Entónces... (Caramba qué bien conservada está esta mujer!)

ELISA. (Á Miguel con quien forma grupo separado de D. Mateo y Juana.) De veras?

MIGUEL. Oh! Sí, señora: seguramente. (Siguen hablando.)

MATEO. (Á Juana.) Conque le sientan á usted bien las aguas?

JUANA. Ay, si señor, muy bien!... Mire usted, yo vine aquí más delgada que una oblea y ya ve usted que ahora...

MATEO. Sí... lo que es ahora!...

JUANA. Y eso que yo nunca he sido gorda. Siempre me lo estaba diciendo mi difunto el brigadier...

MATEO. (Caramba! Ya ascendió.)

JUANA. Pero qué quiere usted? desde su muerte estoy inconsolable. Anoche en el baile me estaba dando unas ganas de llorar, que si no hubiera venido el baron del Monte á sacarme á bailar, creo que me da una congoja.

MATEO. De veras?

JUANA. Como se lo digo á usted. Yo tengo un corazon muy sensible; no lo puedo remediar.

MATEO. (Vaya si es guapa la viudita!) Y vive usted en Madrid?

JUANA. Sí señor, desde el año pasado me establecí allí. Calle de la Bola, número trece, tiene usted su casa.

MATEO. Muchas gracias.

JUANA. Mientras estuve casada no salí nunca de Andalucía. Los climas cálidos le sentaban muy bien á mi difunto el general...

MATEO. (Cáspita, como sube!... Cualquiera averigua lo que fué el marido de esta señora!)

JUANA. Pero yo tengo en Madrid muy buenas relaciones. El Conde del Romero, El Marqués del Pino Verde, el Duque del Encinar y don Juan Perez. Conoce usted á alguno?

MATEO. No señora: yo vivo en Ateca y allí no hay tanto título vegetal.

JUANA. Son todas personas muy distinguidas. Sobre todo el último, Juan Perez... Sí señor; si usted le oyera cantar por lo flamenco!... No lo dude usted, yo se lo aseguro: es un Breva.

MATEO. No: si á mí lo mismo me da que sea un melocoton.

JUANA. Y luégo un jóven tan elegante... tan simpático!... Le conocí en Sevilla, me acuerdo. Estaba yo en los toros con mi marido. Mi difunto era muy aficionado á toros: cada cual tiene sus aficiones. Pues como iba diciendo: estaba yo en el tendido,—todavía se me ponen los pelos de punta al recordarlo!—Cuando de pronto—muuu!!—nos encontramos con que el toro había saltado á dos palmos de nosotros. Ay madre mia de mi alma lo que se armó allí!... Mi marido lo primero que

hizo fué tirarse de cabeza á la plaza. Hubo desmayos, gritos, *patatuses*. Yo recuerdo que perdí el sentido y al *volver en sí* me encontré en los brazos...

MATEO. De su marido de usted?

JUANA. No señor. De Juanito, que nos estaba dando etér á mi marido y á mí. Mi pobre difunto, á pesar de haber estado en tantas campañas, se impresionó tanto de verme á mí en peligro, que por poco le cuesta la vida... Desde entónces conozco á Juanito. Recuerdo que mi marido siempre me lo estaba diciendo. «Ese hombre es nuestro salvador!» y yo es claro... desde entónces, aunque no sea más que por haberle salvado la vida á mi marido... Ay! créame usted, don Mateo, créame usted, no se puede tener un corazon sensible!...

MATEO. Pero el tal don Juanito?...

JUANA. En Madrid lo dejé. No crea usted que él y yo... Yo nunca podré olvidar á mi marido. He sido su esposa y no lo seré de nadie más.

MATEO. (Cáspita! Cómo me gustan á mí las mujeres consecuentes!)

ELISA. (Á Miguel, con quien habrá sostenido una conversacion animada durante el anterior diálogo) Basta ya... (Este necio se ha figurado...)

MIGUEL. (Se resiste... pero no importa: yo venceré... Es divina!)

ELISA. (Despidiéndose.) Hasta despues, señores.

MATEO. Qué es eso? Se marcha usted?

ELISA. Sí; voy á mi cuarto á escribir unas cartas. Hasta luégo.

MATEO. Que avise usted si le ocurre algo.

ESCENA V.

JUANA, D. MATEO, MIGUEL.

MATEO. (Cáscaras! Con tanto hablar con la andaluza me he olvidado de mi papel de guardian. Qué le habrá dicho este mono?)

JUANA. No hay ninguna noticia de Madrid?

MIGUEL. Dicen que se ha descubierto una conspiracion.

MATEO. Eso ya lo han dicho hace dias.

JUANA. Ay, qué recuerdos tan tristes me trae á la memoria eso de las conspiraciones!... Mi difunto se metió una vez á conspirador.

MIGUEL. Y qué? Le dieron una gran cruz?

JUANA. No señor; un balazo que por poco no nos matan á los dos. No quiero pensar en eso. Don Mateo, acompáñeme usted á la galería porque si no creo que voy á llorar. No puedo acordarme de mi difunto sin conmoverme.

MATEO. No llore usted, señora... (Le ofrece el brazo.) (Esta mujer es muy sensible y está muy bien conservada!)

JUANA. Hasta luégo, Miguelito...

MIGUEL. Hasta luégo, señora. (Váse.)

ESCENA VI.

MIGUEL.

Pues señor, la cosa marcha. Elisa no ha querido irse con sus tios; luego algo la retiene aquí; ella no habla con nadie más que conmigo; luégo soy yo quien la retiene. Magnífico! Este negocio me sale á pedir de boca. Con dos ó tres entrevistas como la que acabo de tener con ella es asunto concluido. ¡Pobre marido! Andará el hombre tan serio paseándose por Madrid sin sospechar que su mujercita!... Vamos... aunque no lo conozco me parece que lo estoy viendo!...

ESCENA VII.

MIGUEL, INOCENCIO, por el foro en traje de viaje.

INOC. (Entrando.) Todo se me vuelve dar vueltas por esta maldita fonda sin encontrar un solo camarero...

MIGUEL. (Sin ver á Inocencio.) Nada: mi plan es infalible. Yo tengo mucho aplomo y... (Viéndole.) (Hola! Otro nuevo huesped!)

INOC. Caballero, me hace usted el favor de decirme dónde están los mozos de esta fonda?

MIGUEL. Qué? No ha visto usted ninguno?

INOC. Una hora hace que estoy dando vueltas por toda la casa sin encontrar alma viviente.

MIGUEL. Está perdido el servicio en España. No se puede volver á este país despues de haber estado en el extranjero.

INOC. El caso es que yo vengo rendido del viaje y no hago más que dar vueltas. En fin me sentaré aquí á ver si quiere pasar alguno.

MIGUEL. Segun las señas viene usted de Madrid.

INOC. De Madrid vengo.

MIGUEL. Y qué tal aquello?

INOC. Como todos los veranos. Muy poca gente, mucho calor y mucho aburrimiento. Todo el mundo se marcha, se esconde ó se va á Carabanchel ó á Chamberí para decir á la vuelta que vienen de Spa ó de Baden-Baden.

MIGUEL. Tiene gracia! (Es muy simpático este hombre!)

INOC. Está aquello insoportable, no se encuentra por ningun lado una persona conocida.

MIGUEL. En cambio aquí sucede todo lo contrario. Está el establecimiento de bote en bote, y hacemos una vida agradabilísima. Por las noches se pone el salon que parece un primer turno del Real. Tenemos música... baile... y hay algunas mujeres deliciosas.

INOC. Sí, eh?

MIGUEL. De primo cartelo!

INOC. (Animándose.) Cuente usted, hombre, cuente usted... Eso me entusiasma! (Caramba! qué pronto me olvido de que estoy casado!)

MIGUEL. Cuando las vea usted juzgará por sí mismo. Lo malo es que ya quedan pocas disponibles.

INOC. Hombre! Qué prisa se han dado ustedes!

MIGUEL. (En tono de broma.) Haber venido á tiempo, amigo mio.

INOC. Pero efectivamente quedan tan pocas?

MIGUEL. Dos únicamente. Una andaluza bastante guapa, que hasta ahora no se sabe que tenga nada que ver con nadie...

y otra que dentro de poco ya no estará libre.

INOC. Hola! Hola! Cómo es eso!

MIGUEL. Esa es cuenta mia caballero.

INOC. Ah! Y es guapa?

MIGUEL. Superior!

INOC. Casada ó soltera?

MIGUEL. Casada.

INOC. Mágnifico! Gruesa ó delgada?

MIGUEL. Regular.

INOC. Soberbio! Rubia ó morena?

MIGUEL. Morena.

INOC. Sublime! Jóven?

MIGUEL. Veintidos años.

INOC. Admirable! Vive sola?

MIGUEL. Con unos tios suyos.

INOC. (Con gran sorpresa.) Cuerno! Cómo se llama?

MIGUEL. Elisa.

INOC. (Sin poderse contener.) La mia!!

MIGUEL. Cómo la de usted?

INOC. Me equivoqué, quise decir el mio... mi tipo!

MIGUEL. Ah! ya!

INOC. Las morenas son mi tipo. (Caramba! me he lucido!) Pero dice usted que esa chica?...

MIGUEL. Hombre, aquí, sin modestia le diré á usted que ya estamos casi arreglados...

INOC. Si, eh? (Me parece que el que los va á arreglar voy á ser yo.) Pero ella le ha dicho á usted?...

MIGUEL. Concreto nada todavía: pero me lo ha indicado con los ojos.

INOC. Con los ojos? Me engaña!

MIGUEL. Qué dice usted?

INOC. Nada, que los ojos engañan mucha veces y que no hay que fiarse...

MIGUEL. No, no: esto es seguro. Y eso que tengo que darme prisa, porque dentro de pocos dias llega el marido.

INOC. Conque dentro de pocos dias?.

MIGUEL. Sí señor. El pobre andará por esos mundos con una

cara de palomino atontado...

INOC. Si, eh?

MIGUEL. Porque de seguro será tonto: como si lo viera!

INOC. Haga usted el favor de no poner motes.

MIGUEL. Pero á usted qué le importa?

INOC. No, á mí nada.

MIGUEL. Ya verá usted cómo nos reiremos de él cuando venga.

INOC. Ah! Conque usted se va á reir?... (Aquí va á haber sangre.)

MIGUEL. Ya lo creo! No hay nada más divertido que un hombre en esa situacion! Verá usted qué gracioso es.

INOC. Sí, muy gracioso! (Yo voy á pulverizar á este sietemesino.)

MIGUEL. Lo malo es que va usted á estar muy mal alojado, porque ya apenas hay un cuarto libre en todo el establecimiento. Sólo queda uno bueno: aquel, (Señalando el segundo de la izquierda.) pero ese está ya destinado para nuestro hombre.

INOC. Para nuestro hombre?

MIGUEL. Para el marido.

INOC. Mejor que mejor.

MIGUEL. Será difícil que se lo den á usted, porque ese cuarto tiene comunicacion con el de ella por medio de un balcon corrido que cae á un patio interior.

INOC. (Bueno es saberlo.)

MIGUEL. Pues señor, le dejo á usted. Voy á tomar las aguas. Es mi hora para la primera dosis.

INOC. (Permita Dios que se te vuelva veneno!)

MIGUEL. No creo que sea esta la última vez que nos veamos: seremos amigos.

INOC. Con mucho gusto.

MIGUEL. Yo le presentaré á usted á esa señora para que usted mismo juzgue.

INOC. (Esto tiene gracia.)

MIGUEL. Y ya nos reiremos de ese marido cuando venga. Já! já! já! Pobre hombre! Hasta luégo. (Vase.)

ESCENA VIII.

INOCENCIO.

Eso es! Se va riendo... se va riendo de mí!... Esto pide sangre! Conque estoy en berlina? Conque mi mujer aprovecha mi ausencia para serme infiel y hacerle carantoñas á ese mamarracho?... Muy bien! Y yo que venía sin anunciarme para darle esta sorpresa. No es floja la que me he llevado!... Pero no se burlarán de mí!... La mato á ella? Me mato á mí? Lo mato á él? Á quién mato? Yo necesito álguien á quien matar!

ESCENA IX.

INOCENCIO, ELISA.

ELISA. (Saliendo.) Qué calor hace en ese cuarto! (Viéndole y dirigiéndose á él con los brazos abiertos.) Qué veo! Inocencio!

INOC. Aparta!

ELISA. Conque has venido sin anunciarme tu llegada? Qué sorpresa!

INOC. (Qué descaradas son las mujeres!)

ELISA. Si me parece mentira que al fin te veo, que al fin estoy con mi marido!

INOC. (Furioso.) Yo no soy su marido de usted, señora.

ELISA. Ay! qué es eso? qué te pasa?

INOC. Lo sé todo!

ELISA. Pero qué sabes?

INOC. Todo, señora, todo!

ELISA. Y qué es todo?

INOC. (Con ademan trágico.) Todo? Tú sabes lo que eso significa? Todo es... todo: y cuando se dice todo... claro es que está dicho todo!

ELISA. Pues me quedo como ántes de la explicacion.

INOC. Le he visto! (Con misterio.)

ELISA. Me alegro mucho.

INOC. Burlas á mí, señora? Digo que le he visto.. y la he visto á usted... y me he visto á mí!

ELISA. Pues has visto á todo el mundo!

INOC. Basta de disimulo! Ya he dicho que lo sé todo.

ELISA. Pero te has vuelto loco?

INOC. Sí señora: loco de indignacion y de sorpresa! Y es para ménos el caso? Cifrar toda mi felicidad en el cariño de una esposa á quien creí pura como los ángeles; volver á sus brazos confiado y alegre despues de un mes de ausencia, y cuando creo que ella me espera palpitando de amor y ansiando mostrarme el tesoro de ternura que guarda en su pecho; interponerse entre nosotros la sombra de un pollo tísico... porque ese hombre está tísico! Le parece á usted poco? No hay para tocar el cielo con las manos? Qué venganza debe tomar el esposo ofendido? Qué castigo es suficiente para la mujer culpada? Responda usted, señora, responda usted. Ah! siento un peso horrible en la cabeza! Sabe usted lo que es eso? Su infidelidad que gravita sobre mí como un mundo próximo á desplomarse!

ELISA. Pero por Dios, Inocencio; yo te juro que no sé lo que dices, que soy inocente...

INOC. Ya hablaremos de eso: ahora lo más urgente es evitar el ridículo que va á caer sobre mí. Nadie ha de saber que soy tu marido hasta que yo ajuste mis cuentas con ese caballerito; nadie! nadie! lo sabes?

ELISA. Bien, hombre, bien; se hará lo que tú quieras; pero explícame...

INOC. Tu cuarto creo que tiene comunicacion interior con ese otro por un balcon corrido. Haré que me den esa habitacion (*Señala la segunda puerta de la izquierda.*) y en tu cuarto hablaremos. No quiero que me vean á tu lado: no quiero que sospechen los vínculos que nos unen. Estoy en berlina! Necesito venganza!

ELISA. Pero considera que soy tu mujer; que te amo como siempre; que te han dicho una calumnia. Yo ocultaré,

ya que así lo exiges, que eres mi marido, hasta que se disipen tus dudas infundadas, pero créeme, te lo juro; tuyo y sólo tuyo es mi corazon.

INOC. Hoy no me enterneces.

ELISA. Por qué no? Por qué has de hacerte sordo á la voz del amor? Por qué no has de seguir los impulsos de tu pecho? Vamos, Inocencio mio, venga un abrazo, que no es justo negarme ese placer despues de haber estado un mes entero pensando en la dicha de verte.

INOC. (Me parece que me voy enterneciendo!)

ELISA. Te niegas? Bueno; pues yo te lo daré á tí. No quieres ya á tu mujercita? Ingrato!... Yo que te quiero tanto!...

INOC. Déjeme usted, señora, déjeme usted. (Apartando bruscamente las manos de Elisa.)

ESCENA X.

DICHOS, D. MATEO.

MATEO. (Por el foro.) (Caramba! Qué estoy viendo?) (Viendo el movimiento de Inocencio.)

ELISA. (Ap. á Inocencio.) (Don Mateo!)

INOC. (Id. á Elisa.) (Quién es este hombre?)

ELISA. (Id. id.) (Un amigo de los tios: ya te explicaré.)

MATEO. (Cáspita! qué barbaridad.) Esta mujer es el demonio! Hay que tomar medidas enérgicas. Ó soy su guardian ó no lo soy!) (Pasando al lado de Elisa y aparte á ella.) (Quién es este hombre?)

ELISA. No sé: no lo conozco. (Para sí.) (Cumpliremos su encargo.)

MATEO. (No le conoce y estaba en conversacion con él! Caramba y cómo están las mujeres!) (Ap. á Elisa.) Señora, hágame usted el favor dé entrar en su cuarto. Yo soy responsable de usted y no puedo consentir!...)

ELISA. (Pero si yo...)

MATEO. (No hay remedio, señora, no hay remedio.)

ELISA. (Si no le obedezco es capaz de armar un escándalo.) (Ap. á Inocencio.) (En mi cuarto te espero.)

INOC. (Voy en seguida.)

MATEO. (Esta mujer me va á poner en un compromiso! Quién será este sujeto?)

INOC. (Si viniera algun camarero!...)

MATEO. (No los perderé de vista! Voy á mi cuarto á leer el correo y vuelvo en seguida!) (Váse.)

ESCENA XI.

INOCENCIO, despues ANTONIO.

INOC. Pero en esta fonda no hay mozos? Caramba qué servicio! (Toca un timbre.)

ANT. (Entrando por el foro y mirando hácia dentro.) Voy al momento.

INOC. Gracias á Dios que veo alguno. Oye tú, muchacho.

ANT. Mande usted.

INOC. Necesito un cuarto inmediatamente.

ANT. Tarde llega usted. Lo que es bueno ya no queda ninguno desocupado. Como no sea en el segundo piso...

INOC. No: yo quiero ese. (Señalándolo.)

ANT. No puede ser; está ya tomado por la señora que ocupa el cuarto inmediato, para su marido.

INOC. Bueno: ya lo dejaré cuando venga ese señor; mientras tanto...

ANT. Imposible!

INOC. Cómo imposible? Tú no sabes que hoy nada es imposible? (Dándole dinero.)

ANT. Cinco duros? (Cáspita qué modo tiene este señor de allanar dificultades!)

INOC. Conque cuento con el cuarto?

ANT. Por mi parte no hay dificultad, pero esa señora no va á querer que usted lo ocupe.

INOC. No tengas cuidado que yo respondo de que esa señora no te dirá nada.

ANT. Ah! Conque usted me responde?

INOC. De todo; pero necesito imprescindiblemente esa habitacion, la necesito.

ANT. (Me parece que este señor tiene algo que ver con esa señora.)

INOC. Toma el talon, y cuando venga el equipaje, ya sabes, haces que lo pongan en ese cuarto.

ANT. Pero señor...

INOC. Volando! (Váse Antonio.)

ESCENA XII.

INOCENCIO, despues JUANA.

INOC. Pues señor, no me llega la camisa al cuerpo. Á quién debo creer? Á mi mujer ó á ese gomoso? (Viendo entrar á Juana.) Una señora. (Fijándose en ella.) Caracoles! mi viuda de la calle de la Bola!)

JUANA. (Cielos! Juan Perez!)

INOC. Juana! Juanita! Tú aquí?

JUANA. Ay! me parece que me voy á desmayar.

INOC. No, hija, no; cálmate... ten prudencia... (Soy perdido! mi mujer va á descubrir...)

JUANA. No puedo con estas emociones. Yo soy muy sensible!

INOC. Sí, ya lo sé, ya lo sé... pero hazme el favor de contenerte. (Mira con sobresalto al cuarto de Elisa.)

JUANA. Me contendré porque no digas. Á qué has venido? Sabías que yo estaba aquí? Venías á verme? Vamos... responde...

INOC. Sí, hija, sí... Á qué había de venir yo más que á verte? Puedo yo olvidarme de tí?

JUANA. Ya que me has dado esa prueba de cariño te hablaré formalmente.

INOC. (Qué compromiso!) (Como ántes.)

JUANA. Mira, Juan...

INOC. (Y mi mujer va á saberlo!)

JUANA. Juanito...

INOC. Con quién hablas?

JUANA. Contigo.

INOC. Ah! Sí, es verdad! (Me había olvidado de mi nombre de guerra.)

JUANA. Yo no puedo seguir más en este estado.

INOC. En qué estado?

JUANA. Una mujer sola en este mundo está espuesta á mil peligros. Es preciso que te decidas.

INOC. No; si ya estoy decidido. (Á marcharme de aquí inmediatamente!)

JUANA. Ya hace más de dos años que murió mi marido y yo no puedo esperar más.

INOC. Nada; pues no esperes.

JUANA. Estás decidido á casarte?

INOC. Que si estoy decidido? Ya lo creo! (Hace más de tres años que lo hice.)

JUANA. Pues mira, hijo, yo tengo ya arreglados mis papeles. Arregla los tuyos.

INOC. No: si por papeles no ha de quedar.

JUANA. Bien: pues en volviendo á Madrid...

INOC. Sí, en volviendo á Madrid... (Ya me vuelves tú á echar la vista encima.)

JUANA. Te acuerdas de cuando nos conocimos?

INOC. No he de acordarme de aquella tarde feliz? Tú con tu mantilla blanca, parecías una figura arrancada de un cuadro de Goya; yo con mi traje torero hacía otra figura verdaderamente clásica, y tu marido parecía...

JUANA. Otra figura?

INOC. Sí... (La triste.)

JUANA. Qué tarde aquella! Cuántas emociones!. Recuerdo que me desmayé...

INOC. (La única vez en su vida que se ha desmayado de veras.)

JUANA. Conque Juanito... vé pensando en nuestro casamiento.

INOC. (Esta mujer no sabe que me propone un crímen... la bigamia!.)

JUANA. Adios: Voy á arreglarme un poco para el almuerzo.

Hasta luégo.

INOC. Adios, paloma!

JUANA. Así me llamabas en Madrid. Te acuerdas?

INOC. No he de acordarme?

JUANA. Y yo te decía «¡borrego!»

INOC. No hay nada más agradable que esas expansiones del amor!

JUANA. Es verdad. Vaya, abur.

INOC. Adios, paloma mia!

JUANA. Adios, borrego de mi corazon!. (Vase por la segunda puerta derecha.)

ESCENA XIII.

INOCENCIO.

Qué compromiso Dios mio! qué compromiso!... ¡Mi mujer... la andaluza... el gomoso... todos reunidos... Francamente, no se qué hacer. (Entra en la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

D. MATEO, despues ANTONIO.

MATEO. (Saliendo.) Pues señor, acabé de leer mi correo y me vuelvo á velar por esa jóven .. Estoy en ascuas... La presencia de ese forastero me escama... Yo vi que la reñía y la apartaba de sí... Cáspita como están las mujeres!

ANT. (Seguido de un mozo que entra en el cuarto de Inocencio con maletas, sombrereras, etc.) Déjalo todo en ese cuarto y márchate.

MATEO. Quién ha tomado esta habitacion?

ANT. Un señor de Madrid que ha llegado hoy.

MATEO. Uno que estaba ántes aquí?

ANT. Justamente.

MATEO. (Caramba, esto es demasiado!) Pero ese cuarto no es-

taba destinado para el marido de aquella señora?

ANT. Sí; pero él me dijo que estaba de acuerdo con ella.

MATEO. (Esto ya no se puede sufrir! Qué escándalo!)

ANT. Acá para inter nos, yo creo que esos dos señores... Vamos, usted me entiende..

MATEO. Hasta el mozo lo ha descubierto! Qué cuentas voy á dar á su tio cuando venga! Hay que cortar por lo sano.)

ANT. (Mirando al cuarto de Inocencio.) Caramba! Este buen señor ha dejado abierto el balcon de su cuarto y entra un sol de justicia. Voy á cerrarlo. (Entra y sale al poco rato.)

MATEO. Me parece que hay que apelar á recursos extremos.

ANT. Voy á buscar á ese señor para darle la llave de su cuarto. Cuando usted quiera puede ir al comedor. Todo está dispuesto. (Váse.)

ESCENA XV.

D. MATEO, despues ELISA.

MATEO. Voy allá! Pero yo no me separo de esa *jóven*. La llamaré para que venga conmigo. (Llamando á la puerta del cuarto de Elisa.) Señora?

ELISA. (Dentro.) Quién es?

MATEO. Soy yo. Salga usted, que vamos á almorzar.

ELISA. (Dentro.) No se puede entrar; me estoy vistiendo.

MATEO. Bien: aquí espero.

ELISA. (Dentro.) Vaya usted hácia allá; yo voy en seguida.

MATEO. No; si no tengo prisa. Yo no me separo de aquí hasta que salga. Lo que es á mí no me la pega ese sujeto! Como soy aragonés que le armo el gran escándalo si no deja en paz á esa señora.

ELISA. (Saliendo.) Ya estoy lista. (Qué compromiso!) Le han cerrado á Inocencio su balcon y no puede salir sin que le vean!)

MATEO. Vamos allá, señora?

ELISA. Sí; vamos allá.

MATEO. (Parece mentira que con ese aire de inocencia sea capaz...) (Váse.)

ESCENA XVI.

ANTONIO, despues JUANA, luégo D. MATEO, y al final INOCENCIO que sale del cuarto de Elisa.

ANT. Pues señor, ando buscando á ese caballero para darle la llave de su cuarto y no parece por ninguna parte. Dónde se habrá metido?

JUANA. (Saliendo de su cuarto.) Está ya el almuerzo?

ANT. Sí, señora: ya puede usted bajar cuando quiera.

JUANA. Allá voy. (Ya decía yo que Juan Perez era un hombre formal. Será capaz de casarse? Me parece que sí. ¡El es muy valiente... Santa Rita de mi alma, que sea capaz!...)

MATEO. (Saliendo muy de prisa.) Dónde demonio habré yo perdido esa carta? He tenido que dejar sola esa muchacha.

JUANA. Viene usted á almorzar, don Mateo?

MATEO. Sí señora; allá voy.

INOC. (Saliendo con precaucion del cuarto de Elisa.) Escapemos sin que me vean.

MATEO. (Viéndolo.) Ah!

ANT. (Id.) Eh?

JUANA. (Id.) Oh?

INOC. (Me han cogido!)

(Inocencio permanece con la cabeza asomada á la puerta del cuarto. D. Mateo, Juana y Antonio lo contemplan sorprendidos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, cargado con un baul, atraviesa la escena.

ANT. Qué demonio habrá aquí dentro! pesa esto más que un pecado... Tambien es idea la de don Mateo de mudar á esa señora de habitacion sin que ella lo sepa... Yo no las tengo todas conmigo... (Entra en la primera derecha.)

MATEO. (Cargado de enaguas y vestidos, y con dos sombreros de señora en la cabeza.) Si me vieran en mi pueblo! Cómo sudo!

ANT. (Saliendo.) Ande usted de prisa, que van á subir...

MATEO. Ya no queda nada. He cargado con todo lo que había.

ANT. Diga usted, don Mateo, y qué le digo á esa señora si me pregunta?

MATEO. Nada.

ANT. Nada? Le va á parecer poco.

MATEO. Yo le diré lo demas...

ANT. En fin, si usted responde...

MATEO. Respondo.

ANT. Diga usted, don Mateo: usted es persona de confianza?

MATEO. Soy de Ateca, hombre, soy de Ateca.

ANT. De Ateca? Bueno. Eso es otra cosa. Corra usted, que vienen.

MATEO. Uf!... (Corre y entra por la izquierda.)

ANT. Dice que es de Ateca... (Cruzan por foro Miguel y Elisa.) Yo creo que uno que es de Ateca no me engañaría... Aunque hay tantos que dicen que son y luégo no son... (Cruza por el foro Inocencio, mirando con ademan cómico hácia dentro.)

INOC. Solos! Solos!...

ANT. Y no es tonto. Qué pronto se enteró de las intenciones de ese señorito! Pero qué gentes! Las cosas que se ven en estas casas! (Vuelven á mirar Miguel y Elisa.) El año pasado tuvimos tres casados que se fingían solteros y andaban siempre á la husma de las señoritas, y hubo más historias! (Aparece Inocencio en el fondo como ántes.)

INOC. Solos! Solos! (Desaparece y vuelve á entrar. Al mismo tiempo aparece D. Mateo con las zapatillas.) Vuelven. (Se pone de espaldas á espiar.)

MATEO. Chits... Mira... mira.

INOC. (Vienen hácia aquí. Le mato! Infame!...)

MATEO. Está loco. Aquí va á haber una catástrofe si yo no pongo remedio.

ANT. Si algo se le ocurre á usted, me avisa.

MATEO. Bien. (Váse Antonio.)

INOC. (Volviendo y poniéndose á pasear canturreando.) Lá ra lá... (Ya están aquí.) Respiro.

MATEO. (Cómo está! No, pues como se descuide le doy un trompis que no queda para contarlo.)

ESCENA II.

D. MATEO, INOCENCIO, ELISA y MIGUEL.

MATEO. Hola! Ya se acabó la sobremesa?...

MIGUEL. Sí, señor. Hace rato que andamos paseando por la galería.

ELISA. (Qué angelito más pesado!)

INOC. (Yo sí que te voy á hacer andar de cabeza.) (Á Elisa.)

(Te agradaba el paseo?) (Ap. á Elisa.)

ELISA. Pero hombre... (Ap. á Inocencio.)

MATEO. (Se hacen señas... Ya no me cabe duda...)

MIGUEL. Ah! Lo ofrecido es deuda. Voy á presentar á usted á esta señora.

MATEO. (Este títere lo va á echar á perder!)

INOC. Con mucho gusto... (Qué posìcion más ridícula!)

ELISA. Presentarme á este caballero? Já! já!...

INOC. (Se rie!)

MATEO. (Se rie!)

MIGUEL. (Se rie!)

ELISA. Tendré mucho gusto...

MIGUEL. Señora: (Presentando.) mi muy querido amigo don... don... Caramba!... No sé cómo se llama... (Ap. á Inocencio.) Cómo se llama usted?

INOC. Yo... yo...

MATEO. (No sabe cómo se llama?)

MIGUEL. (Vamos, hombre.)

INOC. Juan.

MIGUEL. Ah! Sí. Juan: Juan qué?

INOC. Perez. Señora... (¡Ay cuando yo salga de aquí!)

ELISA. Tengo mucho gusto... (¡Como está!)

MIGUEL. (Lo que me ha hecho sudar!)

MATEO. Es usted pariente de unos Perez de Jaca, por casualidad?

INOC. No, por casualidad no: por parentesco.

MIGUEL. Já! já! Tiene gracia.

MATEO. (Ahora se viene con cuchufletas?)

INOC. (Á Elisa.) (Es preciso que esto termine,)

ELISA. (Entra en tu cuarto y te esperaré al mio, en cuanto pase un rato.)

MATEO. Usted será hijo de don Antonio, el escribano de Madrid...

INOC. Sí; precisamente.

MIGUEL. (Ahora tiene que decir á todo que sí.)

ELISA. Conque son ustedes antiguos amigos?

INOC. Ya lo creo! (Vamos, esto no se puede resistir.)

MIGUEL. Compañeros inseparables de glorias y fatigas. Aqui don-

de usted le ve, es un Tenorio infatigable. Él no se para en barras. En fin acaba de llegar y ya ha conquistado á la doncella del comedor.

ELISA. (Eh?)

INOC. No lo crea usted. Hombre, por Dios. (Como yo le tropiece en Madrid...)

MIGUEL. Á qué negarlo? Hoy una doncella, mañana una princesa. Apropósito, hay aquí una viudita...

INOC. (Pero este hombre tiene el demonio en el cuerpo.)

ELISA. Quién, Juanita?

INOC. Señora, crea usted que son exageraciones de mi amigo; yo soy un hombre formal...

MATEO. (La conversacion se va alargando... Si se me ocurriese un medio de...) Diga usted, señor Perez...

INOC. Pero mi amigo tiene un humor tan jovial...

ELISA. No, si todos son ustedes iguales.

MATEO. Señor de Perez...

INOC. Sobre todo donde usted está, ¿en quién se puede fijar nadie?

MIGUEL. (Malo! Este me quiere desbancar.)

MATEO. Señor de Perez...

INOC. Ah! Es á mí?

MATEO. Sí señor, sí.

MIGUEL Si, hombre, entreténgame usted un poco al viejo para que pueda hablar con ella...

INOC. (Que entretenga... Voy á tener que matarlo.)

MATEO. Y diga usted: su señor padre se curó ya de aquel flemon que tenía en un carrillo?

INOC. Hace mucho. En cuanto reventó.

MATEO. ¿Su padre de usted?

INOC. No señor, el flemon. (Va á acercarse á Elisa.)

MATEO. Y diga usted, ¿vive su esposa?

INOC. Sí señor.

MATEO. ¿Y cuántos hermanos son ustedes?

INOC. Diez y ocho.

MATEO. Hombre, qué pocos han quedado; cuando yo estuve en la córte eran muchos más. ¿Y de qué han muerto?

INOC. Del cólera, Todos en un dia.
MATEO. ¡Hombre, qué atrocidad!
INOC. Si señor. (Acercándose á Elisa.) Pues no crea usted...
MIGUEL. (Hombre, déjeme usted aprovechar la ocasion...)
INOC. Es que...

ESCENA III.

DICHOS, JUANITA.

JUANA. Ah? ¿Es hoy aquí la tertulia?
INOC. (Me aplastó.)
JUANA. Vamos, pues me alegro mucho. Hay abajo un comandante de carabineros que no lo puedo resistir. Lleva un olor en los bigotes que me da jaqueca. (Viendo á Inocencio.) Ah! Está usted aquí tambien? Venga usted, venga usted, que tengo que ajustarle unas cuentas.
ELISA. (Qué confianza! quién será esta mujer?)
INOC. (Eso es. Delante de Elisa!)
MIGUEL. (Esta viene á sacarme del apuro.)
MATEO. (Aprovecharé el rato leyendo *La Correspondencia*. (Saca un periódico y lee, colocándose en medio de las dos parejas. Elisa y Miguelito continúan hablando.)
JUANA. Ves con qué maña he hecho que podamos hablar? Ay qué deseos tenía de desahogar mi corazon! Como me paso lo vida pensando en tí, se me ocurren unas cosas tan buenas! Pero el caso es que luégo no me acuerdo de ellas. Precisamente por eso quiero que nos casemos pronto, porque estando juntos siempre te diré todo lo que se me ocurra.
INOC. (Bonito porvenir.) Sí, pues en seguida... (No veo á mi mujer; ¿qué pasará allí enfrente?)
ELISA. (Me tiene inquieta esa mujer!)
MATEO. (Dejando de leer.) Qué atrocidad! (Inocencio y Elisa se levantan rápidamente creyendo uno y otro que la exclamacion de D. Mateo se refiere á algo que ha visto.)
INOC. Qué es?

ELISA. Qué pasa?

MATEO. Una cosa atroz. En la provincia de Málaga ha dado á luz una mujer cinco chicos.

INOC. Ah! (Sentándose al otro lado de Juana.)

ELISA. Ah! (Lo mismo idem de Miguel.)

MATEO. Figúrense ustedes qué cara pondría el padre, porque... Si á mí me sucede me muero del berrenchin. Cinco hijos de un golpe, verdad? (Viendo que los otros contiaúan hablando.) Luégo dicen que son muy corteses los señores de Madrid. (Se sienta y lee.)

MIGUEL. Porque es usted la mujer más graciosa y más hermosa y más vaporosa...

ELISA. Sí. (Mirando á Inocencio y á Juanita que le habla con pasion extremada.)

INOC. Bien, todo lo que quieras, pero sé prudente, porque si no vamos á ser la fábula del establecimiento.

JUANA. Bueno; pues mírame una vez con los ojos tiernos y me quedo contenta.

INOC. Los ojos tiernos? Sí, hija, sí. Todo lo que tú quieras. (Al tiempo de mirarla quiere mirar á Elisa, le ve y hace un gesto ridículo.)

JUANA. Pero hombre, si te has puesto bizco.

INOC. Debe ser efecto de las aguas; desde que estoy aquí no sé poner los ojos tiernos.

ELISA. (Levantándose.) (Esto no se puede sufrir.)

INOC. (Se armó.) (Se levanta y va hácia Elisa.)

JUANA. Qué?

MATEO. Eh? qué pasa?

INOC. Nada, que es asombroso eso de los cinco hijos.

ELISA. Á mí me ha hecho un efecto atroz.

MATEO. Y ahora se admiran ustedes?

INOC. Yo soy muy tardo para las impresiones morales.

ELISA. Á mi tambien me pasa algo de eso.

JUANA. (Qué sospecha, cielos, qué sospecha!)

INOC. Ademas, como me hallo cansado del viaje, voy á descansar un poco. Saludo á ustedes en general.

MIGUEL. Yo quedo encargado de despertar á usted á la hora

del paseo. Vendrá usted con nosotros?

INOC. Sí, señor, sí.

JUANA. Yo tambien me animaré esta tarde.

INOC. (Esta cursi y este mono me van á dar un disgusto...) Señores... Hasta luégo. (Entra en su cuarto.)

MIGUEL. Yo tambien me voy. Hermosa Elisa... (Despidiéndose.)

ELISA. Beso á usted la mano.

JUANA. No falte usted al paseo. (Á Inocencio.)

ELISA. Voy á seguir su ejemplo; como he madrugado para despedir á los tios...

MATEO. Muy bien pensado. Creo que todos debemos hacer lo mismo.

ELISA. (Por fin me va á dejar tranquila!)

MATEO. (Acercándose á Juana.) Y usté, tiene sueño tambien?

JUANA. No, señor. Todo lo contrario, pero hay momentos.

MATEO. (Buen chasco te vas á llevar.) (Viendo que Elisa se dirige á la primera puerta izquierda.) Oiga usted, Elisita: una palabra aparte.

ELISA. Qué quiere usté?

MATEO. Como el cuarto de usted tiene comunicacion con el que ha tomado ese caballero, para evitar chismes y habladurías la cedo á usted el mio por hoy.

ELISA. (Dios mio!) Pero yo necesito mudarme de traje.

MATEO. Jé! jé! Á mí no se me escapa nada. Entre Antonio y yo hemos hecho la mudanza mientras ustedes estaban de sobremesa.

ELISA. Pero... (Y no puedo avisar á Inocencio!)

MATEO. Estas son cosas muy delicadas y usted no puede consentir que la lleven y la traigan.

ELISA. (Este hombre es el demonio. Qué creerá mi marido?) Sí, tiene usted razon.

MATEO. Me alegro mucho de que le parezca á usted bien. (Ya decía yo... una mujer tan formal.) Conque, que usted descanse, que por si acaso le ocurre algo yo estoy aquí.

ELISA. Bien. Hasta despues.

JUANA. Calle! Ha mudado usted de cuarto?... (Á Elisa.)

ELISA. Sí, como estoy sola .. Don Mateo... Hasta luégo.

MATEO. Sí, yo he sido el que... Adios.

JUANA. Adios.

ESCENA IV.

D. MATEO, JUANA.

JUANA. (Qué sospecha, Dios mio, que sospecha!)

MATEO. La... (Cuidado que está bien conservada esta mujer!) Parece que está usted triste, señora.

JUANA. ¡Ay, don Mateo, no lo sabe usted bien. Hay penas que sólo las mujeres sabemos lo que son. Y como desde que murió mi marido el general yo no he tenido más cariño que el de este hombre, no se puede usted figurar, tengo el corazon en un puño. ¡Ay don Mateo de mi alma, si usted viera mi interior...

MATEO. Nada, con franqueza, si usted tiene confianza en mí, eche usted por esa boca.

JUANA. Pues bien, ha visto usted ese caballero?

MATEO. Cuál?

JUANA. Juan Perez, hombre, Juan Perez.

MATEO. Ah! Sí, señora, lo he visto.

JUANA. Pues ese hombre va á ser mi marido.

MATEO. Su marido de usted? Qué lástima, hombre, qué lástima! (Una mujer tan bien conservada!)

JUANA. Pues ahí tiene usted, me sacrifico por el cariño que le tengo.

MATEO. Quiere usted que sea franco?

JUANA. Ay, sí señor. La franqueza es lo que más me gusta á mí en el mundo.

MATEO. Pues no se canse usted. Ese hombre no se casa porque está emberrenchinado con...

JUANA. Emberrenchinado? Y qué es eso?

MATEO. Enamorado loco de esa señora casada.

JUANA. De Elisa? Si me lo daba el corazon. Si yo les he visto y he reparado. Ay don Mateo de mi alma, me ha matado usted. Infame! Bribon! Despues de una fidelidad de seis años! Si viviese mi marido el general...

MATEO. Vamos, no lo tome usted tan á pecho.

JUANA. Pues cómo quiere usted que lo tome?

MATEO. Acaso me haya engañado. Mientras que yo esté aquí no tenga usted cuidado, que no se han de hablar siquiera, ó pierdo el nombre que tengo.

JUANA. Pero explíquese usted. Qué ha visto usted? Quién le ha dicho á usted eso? Pero no es posible... que me desbanque á mí una mujer tan sin gracia! Porque ya habrá usted visto que no sabe hablar con la gente. Y sobre todo si no es una mujer, si parece la estátua de la debilidad.

MATEO. Mire usted, lo que es eso...

JUANA. Pero vamos á ver, dígame usted lo que ha observado.

MATEO. En primer lugar, ve usted esos dos cuartos?

JUANA. El de él y el de ella?

MATEO. Justamente. Pues esos dos cuartos se comunican.

JUANA. Se comunican! Por algun agujero?

MATEO. No señora, por un balcon que da al patio.

JUANA. Jesús qué infamia! Y quién ha hecho esa comunicacion?

MATEO. Eso sí que no lo sé.

JUANA. Ni yo tampoco. Pero siga usted.

MATEO. Pues bien, en cuanto llegó ese don...

JUANA. Juan, hombre, Juan Perez.

MATEO. Bueno, Juan Perez, tomó el de la izquierda.

JUANA. Y ella lo supo y se calló? Qué mujeres, Dios mio, qué mujeres. Yo no hubiera estado en él ni un momento. Jesús qué horror!

MATEO. Para conseguirlo le dió al mozo cinco duros.

JUANA. (No sabía yo que era tan espléndido.)

MATEO. Pero como á mí no se me escapa nada, trás, hice la mudanza y me fuí yo á su cuarto.

JUANA. Muy bien hecho; es usted un sabio... Pero ¿qué merece ese hombre, dígame usted ¿qué merece?

MATEO. Pues bien sencillo: que usted le envíe á escardar cebollinos y que quiera á otro.

JUANA. Eso no puede ser, no puede ser. Por qué iría yo á la

plaza de toros aquella tarde? Por supuesto, no crea usted que los animales valían la pena. Seis bueyes de la tierra, con el asta blanca y la sangre de un chivo; y á no ser por una arrancando que dió el mismo Caraancha, aquello hubiera sido una becerrada. Pero mi marido se empeñó, y... Dígame usted, y ella le quiere?

MATEO. Me parece que sí.

JUANA. Una mujer casada! Vea usted, una mujer casada! Si la sociedad está perdida. Si esto es ya un escándalo. Una mujer casada! Jesús, Jesús! Déjeme usted, don Mateo, déjeme usted, porque la pena me ahoga, y si no lloro voy á reventar.

MATEO. Vamos, señora, no haga usted esa atrocidad, que todo lo arreglaremos.

JUANA. Ay señor don Mateo, las mujeres como yo no quieren más que dos veces en la vida.

MATEO. Dos?

JUANA. Dos ó tres, es lo mismo. Pero cuando queremos es con toda el alma y toda la voluntad. Ay don Mateo! Pensar que yo despues de seis años de quererle, aunque en cinco y medio no le he visto, cuando ha turbado la paz de mi conciencia y la calma de mi corazon, despues de haber hecho tantos proyectos, y vamos... que me están ahogando las lágrimas y que las tenga que soltar. Pobrecita de mí! Este pago nos dan todos. (Llora.)

MATEO. Pues yo tambien... (Hace pucheros.) Nada, que tambien las voy yo á soltar... Vamos, señora, no llore usted, que él volverá si es de ley...

JUANA. Y si no lo es?...

MATEO. Qué demonio! Nunca falta un roto para un descosido, como dice el cura de mi pueblo.

JUANA. ¡Ay don Mateo! Algunas veces no hay roto que valga. Pero yo le aseguro que ha de costarle caro. Y lo que es á ella... En cuanto venga el marido se lo cuento todo de pé á pá y armo un zafarrancho que se van á enterar hasta los gatos, y si con esto no consigo que eso acabe, les saco los ojos á él y á ella.. Porque vamos, yo

no puedo más. Me voy á mi cuarto á hartarme de llorar.

MATEO. Vamos, paciencia, qué diantre!

JUANA. Ay, don Mateo; que desgraciada soy! (Entra en su cuarto.

ESCENA V.

D. MATEO, luégo ELISA.

MATEO. Qué guapa se pone para llorar! Y qué lástima que le haya dado tan fuerte... Si no fuera por eso ya le habría yo dicho algo. Pero cá! Ella querrá lo ménos un teniente general y como yo no soy más que terrateniente no le convengo, de seguro. Si en Ateca hubiera andaluzas... Pero las que van todas están casadas. En fin, ya saldremos como Dios quiera. Lo principal ahora es la otra. Con qué cara vuelvo yo á mi casa despues de habérmela pegado un señorito de Madrid?... Primero hago...

ELISA. (Asomándose.) (Ahí está.)

MATEO. Se me ha metido en la cholla y...

ELISA. (Voy á ver si por buenas logro tranquilizarle y desvanecer sus sospechas.)

MATEO. (Ella. Me habrá oido? Mejor que mejor.) Hola, señora, se ha dormido ya la siesta?

ELISA. No, señor. He estado escribiendo á mi mamá.

MATEO. (Qué aire de inocencia! Fíese usted.) Con que á su mamá?

ELISA. Sí señor, y venía precisamente á buscarle á usted para darle las gracias por sus cuidados.

MATEO. (Á otro can con ese hueso.) Pues no hay de qué, señora, no hay de qué.

ELISA. Ademas, quería hacerle á usted una confidencia.

MATEO. Confidencia? Señora, le advierto á usted que yo no sirvo para... (Qué descaro!)

ELISA. Vamos, óigame usted cinco minutos. Ya comprenderá usted que las mujeres tenemos que ser reservadas en ciertos asuntos.

MATEO. Ya lo creo!

ELISA. Yo no habia querido hablar á usted de esto, por rubor...

MATEO. (Nada; que me lo va á contar todo.) Pues no se ruborice usted que la cosa no vale la pena.

ELISA. Ha visto usted á ese caballero que llegó esta mañana de Madrid?

MATEO. Sí, señora.

ELISA. Pues bien, ha sido novio mio ántes de mi matrimonio, y al encontrarme y enterarse de que estaba casada...

MATEO. (Cómo las urde!)

ELISA. Me dijo algunas palabras...

MATEO. Ya supongo. Y usted se enterneció...

ELISA. Enternecerme! Yo, que quiero á mi marido más que á mi vida?

MATEO. (Pero cómo miente! Pobrecillo!)

ELISA. No señor, no tan sólo le escuché con frialdad sino que le mandé que no volviera á hablarme.

MATEO. Pues lo ha cumplido bien. Si no llega á entrar la otra...

ELISA. Cómo la otra?

MATEO. (Anda! yo te enseñaré á que vengas con cuentecitos.) Pues, la otra, su novia, la mujer con quien se va á casar.

ELISA. Casarse él! No puede ser.

MATEO. Le digo á usted que sí.

ELISA. Y yo le digo á usted que es imposible.

MATEO. Si lo sabré yo, cuando me lo ha dicho ella misma.

ELISA. Ella!

MATEO. Sí, señora, Juanita. Y sé que están en relaciones hace seis años, desde una corrida de toros en que Cara-ancha no sé qué hizo arrancando, y que todo fué por culpa del toro.

ELISA. Eso es una infamia.

MATEO. Pero si usted no tiene nada que ver con él, qué le importa?

ELISA. Tiene usted razon, ha sido una tontería... Es que hoy estoy tan nerviosa...

MATEO. (Calle! le echa la culpa á los nervios... qué mujeres,

Señor, qué mujeres!)

ELISA. Conque se casan, eh? Pues mire usted, me alegro mucho. (Infame!) (Sollozando.)

MATEO. (Qué manera tiene de alegrarse!) (Viéndola.)

ELISA. Así estaré más libre de sus impertinencias.

MATEO. Eso me dije yo al ceder á usted mi cuarto. (Me parece que de esta hecha la he curado.) Conque si no le ocurre á usted nada, voy á descansar un poco. (Observaré por el ojo de la cerradura...) Conque, hasta despues.

ELISA. Hasta luégo. (Váse D. Mateo. Elisa cae en un sillon llorando.)

ESCENA VI.

ELISA, INOCENCIO.

INOC. (Saliendo de su cuarto.) No está ya aquí y en su cuarto no ha entrado... Yo necesito verla... Andará con él por abajo?... Oh! como los encuentre juntos...

ELISA. Conque me engaña! Él! Y por quién? Por esa mujer, á quien tambien engaña!... Quién me lo hubiera dicho? Habrá castigo bastante para el mentecato? No quiere que sepa que soy su mujer, hace bien; tampoco yo quiero que sepan que él es mi marido. Imitaré su ejemplo en todo, y si Miguelito vuelve á insinuarse, le daré esperanza y me dejaré querer. Amor con amor se paga. Yo le aseguro que va á sufrir bien. y si no se enmienda mandaré á Paris por vitriolo y ¡pobre de él! (Se sienta.)

ESCENA VII.

ELISA, MICUEL.

MIGUEL. (Sin verla.) Nadie... Si metiendo ruido la hiciese salir...

ELISA. Infame!

MIGUEL. Eh!

ELISA. Ah! Es usted, Miguelito? (Á tiempo llega.)

MIGUEL. Sí, señora; yo que no esperaba tener tan buena suerte.

ELISA. Suerte?

MIGUEL. Cuál mayor que encontrarme al lado de usted cuando lo esperaba...

ELISA. Pues aproveche usted la ocasion. Siéntese aquí á mi lado y hablemos un rato. (Á ver si entra mi marido.)

MIGUEL. (Qué cambio! Si es natural. En cuanto me vió hablar con otra. Soy irresistible.) Sí señora, con muchísimo gusto. (Nada, cosa hecha.) (Se sienta.)

ELISA. Vamos, cuénteme usted alguna cosa... (Arrellanándose con coquetería.)

MIGUEL. Alguna cosa?... Pues... (Qué mujer tan *chic*.)

ELISA. (Asomando la punta del pie.) Algo de amor... Porque tendrá usted novia de seguro...

MIGUEL. Crea usted que... (Qué pie, Dios mio, qué pie!)

ELISA. Me lo va usted á negar? Un muchacho tan jóven, tan elegante, tan simpático...

MIGUEL. (Cómo me florea!) Elisa...

ELISA. Qué?

MIGUEL. Elisa...

ELISA. Qué iba usted á decir?...

MIGUEL. Que no merezco... Es verdad que tengo suerte, pero... es la casualidad.

ELISA. No lo crea usted. Tiene usted el tipo que seduce á las mujeres.

MIGUEL. (Hemos cambiado los papeles.) Ah! Si eso fuera verdad!... Si yo pudiese tener una esperanza.

ELISA. No una, todas las que á usted halaguen...

MIGUEL. (Atragantándose.) (Dios mio! Yo no sé lo que me pasa... Una conquista de verdad!)

ELISA. Quién podría mirar á usted con malos ojos?

MIGUEL. Cualquiera ménos usted... porque los tiene... tan de *primo cartello*...

ELISA. No me adule usted. Si algo hay en mis ojos es la expresion del sentimiento que los anima.

MIGUEL. (Se me declara, no hay más, se me declara. Es preciso

evitar esta cobardía.) Pues sí, Elisa, amo y amo como un loco, como un mentecato, como las flores al sol y los peces al aire... digo al agua y la... Y la mujer á quien amo es... .

ELISA. Ah! Calle usted, Miguel...

MIGUEL. Para qué más rodeos? La mujer á quien amo es...

ELISA. Quién?

MIGUEL. Usted.

ELISA. Ah! Pero eso es imposible. Yo no he debido escuchar á usted...

MIGUEL.. Déme usted una esperanza, una sola.

ELISA. Déjeme usted por Dios, puede venir álguien... En el paseo hablaremos...

MIGUEL. Que me vaya?

ELISA. Sí. Déjeme usted á solas con mi emocion.

MIGUEL. Adios, pues, divina Elisa, y gracias... (Qué monísima es! Dentro de dos minutos vuelvo aquí.)

ELISA. Es tonto; pero sirve para mi objeto. Dentro de diez minutos habrá contado la escena á mi marido. Cómo va á rabiar! Mejor; así aprenderá á hacer el amor á viudas cursis. (Váse.)

ESCENA VIII.

INOCENCIO, luégo MIGUEL, con un ramo de flores en la mano.

INOC. No la encuentro por ninguna parte. Los mozos no la han visto; en el jardin no está y yo empiezo á escamarme seriamente. Voy á ver si ha vuelto á su cuarto.

MIGUEL. (Ya encontré el pretexto. Voy á ofrecerla este ramo.) Ah! señor don Juan. Me alegro de encontrar á usted.

INOC. Á mí?

MIGUEL. Sí señor. Déme usted un abrazo.

INOC. Pero...

MIGUEL. Nada, hombre, déme usted un abrazo ó no le doy la noticia.

INOC. (Tiemblo!) Vaya el abrazo. (Le abraza.)

MIGUEL. (Con voz ahogada.) Hombre, que me ahoga usted.

INOC. No tenga usted cuidado. (Aprieta.)

MIGUEL. Que me ahogo! (Desasiéndose bruscamente.)

INOC. Venga otro...

MIGUEL. No señor, muchas gracias.

INOC. Bueno, pues déme usted la noticia.

MIGUEL. Míreme usted con envidia.

INOC. Con envidia? (Esto es muy grave.)

MIGUEL. Triunfo completo.

INOC. Eh? (Amenazándole con el puño.)

MIGUEL. Qué va usted á hacer?...

INOC. Nada, es un movimiento de entusiasmo. Vamos, qué ha pasado?

MIHUEL. He hablado con ella y estamos conformes.

INOC. Con... Hombre, piénselo usted bien; no se haya equivocado!...

MIGUEL. Está loca por mí. Ella ha sido la que verdaderamente se ha declarado.

INOC. Pero, dónde? cuándo, cómo?

MIGUEL. Aquí, hace cinco minutos.

INOC. (Mientras yo la buscaba en el jardin!) Pues... sí, que sea enhorabuena... (Ay de tí!) Me alegro mucho. (Dándole la mano.) Adios, amigo mio, adios.

MIGUEL. Ay!

INOC. Adios, adios... (Ahora voy en busca de la infiel y...) (Entra en su cuarto.)

ESCENA IX.

MIGUEL, despues ANTONIO.

MIGUEL. Qué bruto! Me ha deshecho la mano y las costillas. Envidia... envidia pura. Voy á ofrecer á Elisa este ramo. Las flores influyen mucho en las mujeres. Casi todas mis conquistas las he hecho en el tiempo de las lilas. Está abierto. Con permiso. (Empujando la puerta.)

ANT. Larga es hoy la siesta. Voy á llamar á don Mateo para

que baje á tomar el agua como todos los dias. (Estrépito en el cuarto de D. Mateo.) Qué pasa ahí?

JUANA. (Apareciendo en la puerta.) Jesús! Qué ocurre?

ELISA. Qué sucede? (Sale corriendo Miguel y detrás Inocencio persiguiéndole.)

MIGUEL. Pero señor...

INOC. Ah! (Viendo á Elisa en la puerta primera de la derecha.)

MATEO. (Que sale tras de Inocencio.) ¡Diantre con los señoritos de Madrid! Pues hombre, está bueno... (Telon muy rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que el anterior.

ESCENA PRIMERA.

INOCENCIO, ANTONIO.

INOC. Conque estás enterado?
ANT. Sí señor.
INOC. No se te olvidará nada?
ANT. Pierda usted cuidado. (Qué líos!)
INOC. Los billetes del ferro-carril y un coche á la una de esta noche á la revuelta del camino.
ANT. Mire usted, señorito, la verdad. La cosa es muy grave, y como esa señora tiene marido, si viene y se entera de que yo... francamente...
INOC Pero hombre, ahora sales con eso?
ANT. Es que á mí no me gustan los enredos.
INOC. (Voy á tener que decirle la verdad.)
ANT. Y un hombre que se encuentra con que le quitan su mujer es capaz de...
INOC. Yo te respondo de que no corres ese peligro.
ANT. Usted responde? No puede ser.
INOC. Que no puede ser! Pues yo te digo que soy el único en

el mundo que te lo puede asegurar.

ANT. Vamos, que yo no...

INOC. Pero bárbaro!...

ANT. Muchas gracias.

INOC. No comprendes que el marido soy yo?

ANT. Usted?

INOC. Yo.

ANT. Y por qué no lo dice?...

INOC. Porque despues de lo pasado se reirían todos de mí.

ANT. Qué se habían de reir! Já! já!

INOC. Te ries?

ANT. No señor. Já, já!

INOC. Pero imbécil...

ANT. Já! já! já!... No lo puedo remediar. Já! já já!...

INOC. De modo que te has convencido de que es mi mujer?

ANT. Lo que es eso...

INOC. (Dándole dinero.) Y ahora, lo crees ó no?

ANT. Ya lo voy creyendo.

INOC. Pues cuenta con el doble si esta noche lo arreglas todo. Toma: para pagar la cuenta. Para propinas. El coche lo pagaré yo y habrá propinas tambien.

ANT. (Sea ó no sea, él paga bien, y el marido que paga es el verdadero marido!)

INOC. Conque voy á cerrar el equipaje que tú me enviarás mañana á Madrid. Al marcharme te daré una tarjeta para que no se te olvide mi nombre.

ANT. Pierda usted cuidado, que por años que viva no se me olvida á mí el nombre de usted. Juan Perez... Ya lo creo.

INOC. Pues que no se te olvide.

ANT. Y en cuanto acabe la temporada he de ir por Madrid, y si le hace á usted falta un ayuda de cámara...

INOC. (Un demonio!) Mira, se me ocurre que es mejor mandar el equipaje á mi apoderado por si me detengo en el camino.

ANT. Como usted quiera.

INOC. Bueno, pues toma las señas. (Le daré las de mi primo.

Julian... (Si me descuido se me encaja el mejor dia en Madrid y...) Conque anda, que es ya tarde.

ANT. Voy, señorito. Es un nombre que me gusta Juan Perez.

ESCENA II.

INOCENCIO, luégo ELISA.

INOC. Ahora falta lo principal, que es avisar á mi mujer. Don Mateo está en su cuarto. Probemos. (Toca á la puerta.) No contesta. (Toca otra vez.) Se habrá dormido? (Vuelve á tocar.) Vaya, hay que dar tres golpes y repique. (Los da.)

ELISA. (Abriendo.) Quién?

INOC. Yo, soy yo.

ELISA. No tengo ganas de conversacion. (Cierra.)

INOC. Pero... Elisa... (Llama.) Elisita... (Llama.) Recurriré al medio de ántes. (Da tres golpes y repique.)

ELISA. (Abriendo.) Es inútil que te molestes. No quiero oir una palabra.

INOC. Pero es necesario que sepas...

ELISA. No quiero saber nada. Mañana volverán los tios, y pasado mañana estaré yo en casa de mis padres.

INOC. Ah! con que despues de lo sucedido aún te pones la venda?

ELISA. Anda, anda á buscar á la viuda, á tu prometida.

INOC. (Lo sabe todo!) Pues tú has creido?...

ELISA. Qué he de creer?

INOC. Te juro que...

ELISA. Oigo pasos en el cuarto de don Mateo. Vete.

INOC. Maldito viejo! (Cruza de un salto la escena y se mete en su cuarto.)

MATEO. Me había parecido oir... No hay nadie. Puedo estar tranquilo un rato. (Desaparece.)

ELISA. (Abre la puerta á tiempo que Inocencio la suya.) Ya se fué.

INOC. (Desde su puerta.) Se marchó?

ELISA. Sí.

INOC. Mira, hablaremos de puerta á puerta para evitar que nos sorprenda.

ELISA. Ya te he dicho que no tengo nada que decir.

INOC. Ah! Quieres que vaya á buscar á esa señora?

ELISA. Sí.

INOC. Para que te deje libre con ese monigote á quien te haa declarado?

ELISA. Sí.

INOC. Le amas?

ELISÁ. Con todo mi corazon.

INOC. Ah! (Lanzándose fuera.)

ELISA. Ah! (Cierra la puerta. Inocencio cree que sale D. Mateo, vuelve atrás y cierra la suya.)

INOC. (Abriendo.) No; es que se ha asustado. Me aprovecharé de la ocasion. Ahora verá ella lo que es su marido cuando se incomoda de veras.

ELISA. (Abre, Inocencio cierra.) He hecho muy mal en decirle eso. Estas cosas no se confiesan cuando no son verdad... ni cuando lo son... Y esto es por quererle demasiado. No abre. Voy yo misma. Y si sale don Mateo! Mejor, ya estoy harta de tapadijos y de enredos. (Llama á la puerta de Inocencio y cierra la suya.)

INOC. Quién? (Abriendo.)

ELISA. No grites, soy yo.

INOC. Y qué quiere usted?

ELISA. Que hablemos, que nos digamos la verdad, porque yo no puedo vivir de esta manera.

INOC. (Llora! Soy perdido.) Ya me lo acaba usted de decir. Ya sé que es cierto ese amor criminal.

ELISA. Te juro que no supe lo que dije. Yo no quiero ni he querido á nadie más que á tí. Y tú en cambio... (Llora.)

INOC. (No la puedo resistir cuando llora.) Á mí solo?...

ELISA. Á tí solo. Y tú...

INOC. Yo? Pues si estoy... Todo lo que he hecho ha sido porque sospechaba de tí. Meperdonas?

ELISA. Me perdonas tú? (Queriendo salir ambos.)

INOC. Sí, mona mia, cariñito. Te atreverás á darme un abrazo?

ELISA. Por obedecerte... (Corren, se dan un abrazo y se vuelven en seguida á su puerta.)

INOC. Mira, no desperdiciemos el tiempo. Tengo preparada nuestra fuga para esta noche.

ELISA. De veras?

INOC. Á la una.

ELISA. Qué gusto!

INOC. Anda, arregla tu maleta, vístete y espera á que yo te avise.

ELISA. Qué feliz me haces! Me querrás mucho?

INOC. Mucho, mucho, mucho, mucho!

ELISA. Si no viniera gente...

INOC. Otro abrazo? (Si cuando digo que no hay otra como ella!) Ten cuidado... (Empiezan á avanzar. Ruido en la puerta de D. Mateo. Ambos retroceden y se ocultan.

ESCENA III.

D. MATEO, luégo ANTONIO. D. Mateo viene de bata y gorro de dormir.

MATEO. Hola! Sombras chinescas! Y eso que no he faltado de este salon más que tres minutos. Ha sido una corazonada esto de venirme á pasar la noche aquí!... Diantre con la gente de la Córte!

ANT. Aquí tiene usted las velas que me ha pedido.

MATEO. (Dos pesetas más, pero no hay otro remedio.) Bueno, déjalas ahí.

ANT. Que pase usted buena noche.

MATEO. (Sí, no va á ser mala. Como cuando fuí miliciano en la guerra civil. Pero hombre, qué talento me ha dado Dios! Si yo consiguiera que este me ayudase...) Oye, Antonio.

ANT. Qué quiere usted, más velas?

MATEO. No, hombre, no. Tú eres un muchacho listo, verdad?
ANT. Pche... Así, así.
MATEO. Pero de seguro te gusta más una moneda de cinco duros que una peseta.
ANT. Por el color, don Mateo, nada más que por el color.
MATEO. Pues te ofrezco una si te enteras de todo lo que pasa entre la señora que está en mi cuarto y el huesped que llegó esta mañana.
ANT. (Cinco duros y diez que me ha dado el otro.)
MATEO. Sí, hombre, sí.
ANT. Pues prepare usted la moneda, porque hay cosas muy gordas.
MATEO. Ya me había dado á mí en la nariz.
ANT. Se la lleva.
MATEO. Que se la lleva? Á dónde?
ANT. Á Madrid.
MATEO. Á Madrid? Claro, como al marido viene hácia acá ellos se vuelven. Eso no puede ser.
ANT. No puede ser? Mire usted los billetes del ferro-carril. Á la una les espera el coche en la revuelta del camino.
MATEO. Y se han de burlar de un aragonés? Primero se junta el cielo con la tierra. Tú me ayudarás?
ANT. Pero eso de meterse en líos...
MATEO. Te daré otra moneda, hombre, te daré otra moneda. (Me parece que tendré que pedir dinero al pueblo para volverme.) Toma; y mucho ojo. (Dándole dos monedas.)
ANT. Ya le tengo, don Mateo, ya le tengo.

ESCENA IV.

D. MATEO, luégo INOCENCIO.

MATEO. Conque si me descuido me la pegan! Pero ese hombre tiene miel para las mujeres. Esta se escapa con él; y la otra... Cuidado que la otra es guapa y... Pero se la ha metido en la mollera Juan Perez y no hay quien la saque de ahí. (Viendo á Inocencio.) (Eh? No digo? Rondan-

do la puerta.)

INOC. (Es preciso. Esta noche nos vamos.)

MATEO. Hola, amigo! usted por aquí? (Pues lo que es hoy se fastidia!) Cómo es eso? No se recoge usted todavía?

INOC. No soy amigo de acostarme temprano. Y usted? Tampoco se recoge aún?

MATEO. No: hace muchas noches que los mosquitos no me dejan pegar los ojos... y lo que es hoy me propongo... me propongo pasarme la noche en esta sala. Me he traido unos libros para estar entretenido y así se me hará el tiempo más corto.

INOC. (Demonio!)

MATEO. (Qué cara pone!)

INOC. (Va á impedir mi plan!)

MATEO. Pues sí señor; crea usted que en ciertos casos lo mejor es no dormirse; sobre todo cuando hay mosquitos.

INOC. Ya lo creo. No hay nada más fastidioso que los mosquitos.

MATEO. Sí señor... los moscones. (Chúpate esa!)

INOC. (Este hombre es una berruga que me ha salido!)

MATEO. Pero en fin, ya que usted tampoco tiene sueño, estaremos un rato en conversacion. Eso es muy agradable.

INOC. Yo lo creo! Agradabilísimo!

MATEO. Y muy socorrido.

INOC. Socorridísimo! (Se sientan.)

MATEO. Hablaremos de política. Le parece á usted bien?

INOC. Bueno; hablaremos de política. (Si te marcharas...)

MATEO. Qué hay de Turquía?

INOC. De Turquía? Muchos turcos y muchas turcas.

MATEO. Y de Inglaterra?

INOC. Ingleses... muchos ingleses!

MATEO. Ya lo creo!

INOC. Pues y lo de la liga agraria?

MATEO. La liga! (De quién será esa liga?) Yo no me meto en ciertas cosas.

ESCENA V.

DICHOS, JUANA.

JUANA. (Saliendo.) Hola! Están ustedes aún levantados?
INOC. (Juana! Esta es más negra!)
MATEO. Sí señora Estábamos un rato en conversacion.
JUANA. Pues si vengo á estorbar...
MATEO. Cá. No, señora; hablábamos de cosas indiferentes.
JUANA. (Por lo bajo á Inocencio.) (Infame!)
INOC. (Ya empieza.)
JUANA. Pues yo estoy esta noche tan nerviosa... que no he querido acostarme.
INOC. (Por lo visto hoy no se acuesta nadie!)
JUANA. Usted no sabe cómo se me ponen á mí los nervios algunas veces!... Yo soy muy sensible! Ya creo que se lo he dicho á usted.
INOC. Si señora; varias veces.
JUANA. Y en el mundo hay muchos hombres,—no lo digo por ofender á nadie,—que se gozan en burlarse de la inocencia.
MATEO. Es verdad.
INOC. (Quién será la inocencia?)
JUANA. Y muchos ingratos.
MATEO. Sí señora.
JUANA. Y mucho pillo!
MATEO. Tiene usted razon.
INOC. (Bueno me está poniendo!)
JUANA. Pero como yo soy prudente y no me gusta decir ciertas cosas... me callo.
INOC. (Es lo mejor.)
JUANA. Porque si yo le dijera á usted que una señora como yo, viuda de un intendente...
MATEO. Pero su marido de usted no fué militar?
JUANA. Bueno: intendente militar; se ve engañada por un hombre que le ha dado palabra de casamiento y que

tiene relaciones con una mujer casada, me daría usted la razon y comprendería que soy muy desgraciada. A don Mateo! yo estoy sola en el mundo! Si no lo estuviera!. Si viviera mi difunto yo le aseguro á ese hombre (Mirando á Inocencio.) que él le haría casarse conmigo á la fuerza!

MATEO. Pero señora, si viviera su marido no podría usted casarse con otro.

JUANA. Tiene usted razon. No sé lo que me digo. No puedo acordarme de mi difunto sin conmoverme. Aquel sí que era un hombre formal! Ménos de un mes estuvimos en relaciones. Cuando se casó conmigo apenas me conocía.

INOC. (Por eso se casó!)

JUANA. Y, si embargo, no tuvimos disgustos jamás; siempre nos llevamos bien. Las cinco veces que quiso separarse de mí, fué por tonterías; y una vez que me tiró la sopera á la cabeza fué porque se encontró en ella una carta de la criada que creyó que era para mí. Por lo demás en aquella casa no hubo nunca un disgusto.

MATEO. Sí; ya veo...

ESCENA VI.

DICHOS, MIGUEL.

MIGUEL. (Saliendo.) Buenas noches.

INOC. (Y van tres!)

JUANA. Tambien usted levantado todavía?

MATEO. (El tercero en discordia.)

MIGUEL. Aún es temprano para mí: me acuesto siempre más tarde.

INOC. (Parece que entre todos se han propuesto estorbar mi plan! Pues sea como sea me la llevo de aquí esta noche.)

MIGUEL. Ya veo que estaban ustedes en amena conversacion. Estas tertulias de última hora son muy agradables. Verdad?

MATEO. Vaya! Pregúnteselo usted al señor. (Señalando á Inocencio.)

INOC. Sí, señor, muy agradables. (Si fuese antropófago me comía á este hombre.)

MATEO. (Que habrá estado hablando con Juana durante el anterior diálogo de Inocencio y Miguel. Á Juana.) No tenga usted cuidado, que lo que es esta noche estoy yo de guardian.)

MIGUEL. (Pasando al lado de D. Mateo.) Hola! señor don Mateo! Parece que usted tambien trasnocha hoy. (Siguen hablando en voz baja.)

JUANA. (Pasando al lado de Inocencio.) Juan?

INOC. Qué quieres?

JUANA. Esto no puede seguir así.

INOC. No tengas cuidado, que no seguirá.

JUANA. Es preciso que no vuelvas á hablar con esa mujer.

INOC. Bueno.

JUANA. Y que no la mires!

INOC. Corriente!

JUANA. Ingrato! Yo que por tí he despreciado tantos partidos!

INOC. (El que está *partido* soy yo!)

JUANA. Yo, que por tí he quebrantado mi promesa de no volverme á casar.

INOC. Pues nada, hija, si te pesa el compromiso...

JUANA. No: ya no. Lo que me pesa es ver que me engañas: Juan, esa mujer es casada.

INOC. Ya lo sé.

JUANA. Esa mujer es una infame.

INOC. Caracoles! Eso no!

JUANA. Ah! Conque la defiendes?

INOC. No, hija, no, cálmate, si no la defiendo.

JUANA. Júrame que no eres su amante.

INOC. Ya lo creo! (Soy su marido!)

JUANA. Confío en tu palabra?

INOC. Sí, hija mia, sí.

MATEO. Y diga usted, don Miguelito, porque yo no he acabado todavía de comprender. Cómo fué el entrar usted esta tarde en mi cuarto?

MIGUEL. Ah! Esta tarde? Es verdad. Pues por casualidad.
MATEO. Por casualidad? Hombre, ¡qué demonio!
MIGUEL. Pues entré aquí y me pareció oir golpes.
MATEO. (No fué flojo el que llevaste.) Ya! Y creyó usted que doña Elisa se había puesto mala.
MIGUEL. Sí, eso es.
INOC. (Separándose de Juana.) (Y esta gente no se va! Voy á hacer el equipaje, á ver si entre tanto...) Hasta luégo. (Váse.)

ESCENA VII.

JUANA, D. MATEO, MIGUEL.

JUANA. (Me parece que lo he convencido.)
MIGUEL. Pero qué? no se acuesta usted hoy, señor don Mateo? (Si lo pudiera alejar...)
MATEO. Hombre! Si ustedes me prometen guardarme el secreto, les confesaré que no.
MIGUEL. Cómo es eso?
JUANA. Pues qué pasa?
MATEO. Hay noticias muy gordas.
JUANA. Gordas? Ya me tiene usted temblando. Alguna nueva infamia de ese lobo carnicero. Dígala usted pronto, porque la impaciencia me pone muy nerviosa.
MIGUEL. Sí, diga usted, diga usted, que yo tambien me pongo nervioso.
JUANA. Ay, Jesús! Por qué le conocería yo?
MATEO. Pues bien, los tórtolos...
MIGUEL. Y quiénes son los tórtolos?
MATEO. Ese caballero, Juan Perez, se larga esta noche á Madrid.
MIGUEL. Eso no tiene nada de particular.
JUANA. No; permítame usted, que tiene y mucho.
MATEO. No es eso. Es que no se va solo.
JUANA. Pues con quién?
MATEO. Con la señora de ese cuarto. (Señalándolo.)

MIGUEL. Con Elisa?

MATEO. Sí señor.

MIGUEL. (Demonio! Pues somos dos! Y yo que le he contado!...)

JUANA. Fugarse con ella?

MATEO. Cabal.

MIGUEL. Caracoles! (Tendría que ver!)

JUANA. Pero eso no puede ser! Eso es una infamia!

MATEO. Por eso estoy yo aquí para estorbarlo.

MIGUEL. Pero usted cree que ellos piensan?...

MATEO. Dos centenes me ha costado el saberlo. El mozo me lo ha confesado.

JUANA. (Diez duros! Buenas propinas da este caballero. Y mirándole bien no está mal conservado.)

MIGUEL. (Pues lo que es si Elisa se va, me voy con ella!

JUANA. Pues lo que es si Juan se marcha, me voy con él.)

MATEO. Ya no hay cuidado. Yo estoy á la mira y no me separo de esa puerta. Ya avisaré á ustedes si ocurre algo.

JUANA. Sí, haga usted el favor...

MIGUEL. Sí, avísenos usted.

MATEO. Mi objeto es sorprenderlos.

MIGUEL. Magnífico!

JUANA. Muy bien pensado.

MATEO. Y darles un golpe...

MIGUEL. Eso á él.

JUANA. No; á ella.

MATEO. Digo un golpe de efecto.

JUANA y MIGUEL. Ah! Ya!

MATEO. Ahora lo que conviene es no darles que sospechar; que no nos vean juntos. Váyanse ustedes, que si ocurre algo yo les avisaré para que me ayuden á sorprenderlos *infraganti*.

JUANA. Bien: en mi cuarto estoy.

MIGUEL. Y yo en el mio.

MATEO. Hasta luégo.

JUANA. Abur.

MIGUEL. Abur. (Vánse Juana y Miguel.)

ESCENA VIII.

D. MATEO.

Magnífico! Esto me sale á pedir de boca. Ya verán ese par de amigos que es muy difícil engañar á un aragonés! (Se sienta en una butaca.) Ajajá! Es él. Me fingiré dormido.

ESCENA IX.

D. MATEO, INOCENCIO, luégo ELISA.

INOC. (Pues señor; ya lo tengo todo dispuesto.) Y don Mateo? Se habrá marchado? Ah! No! (Viéndole.) Duerme profundamente. Ese sueño me salva! (D. Mateo ronca.) Está roncando. Soberbio! Aprovechemos los momentos. (Contemplándole.) Imbécil! Voy á valerme de tu sueño para recobrar mi libertad!

MATEO. Como llegue á despertarme van á llover bofetadas!

INOC. (Llamando al cuarto de Elisa.) Elisa! Elisa!

ELISA. (Dentro.) Quién es?

INOC. Yo: abre.

ELISA. (Asomándose á la puerta.) Qué quieres?

INOC. Decirte que todo está dispuesto y que dentro de cinco minutos salimos de aquí.

ELISA. Bueno.

INOC. Prepáralo todo inmediatamente y espérame á esa hora.

ELISA. Pero, y don Mateo?

INOC. Don Mateo está dormido y es de suponer que no se despierte hasta mañana.

ELISA. Bien: no faltes.

INOC. No tengas cuidado. (Cierra Elisa la puerta de su cuarto.) Por fin voy á recobrar mi libertad y mi mujer. Duerme, pobre hombre. Duerme, que al despertar te encontrarás con que los pájaros han volado. Adios, incauto cancerbero! (Váse.)

ESCENA X.

D. MATEO, despues JUANA y MIGUEL.

MATEO. (Levantándose al desaparecer Inocencio.) Conque soy un imbécil y un pobre hombre y un cancerbero? Si no llego á estar dormido cuando le oí... Ahora lo vas á ver. No le he roto un alon... porque lo dejo para luégo!... Á la una es la marcha? No te caerás en el camino. (Llamando al cuarto de Juana.) Salga usted! Salga usted, señora!

JUANA. (Saliendo.) Qué pasa? Qué ocurre?

MATEO. Otra! Ve usted lo que yo le decía?

JUANA. Pero qué sucede?

MATEO. Sucede... que los he oido...

JUANA. Á quién ha oido usted?

MATEO. Á su prometido de usted y á la señora de ese cuarto.

JUANA. Y qué?

MATEO. Que dentro de diez minutos piensan fugarse juntos.

JUANA. Ellos?

MATEO. Sí señora...

JUANA. Ay! yo me pongo muy mala! Socórrame usted, don Mateo.

MATEO. Pero Juanita!...

JUANA. Eso es una picardía, una infamia!...

MIGUEL. (Entrando.) Qué sucede? Han averiguado ustedes algo?

JUANA. Sí señor. Se van. Le parece á usted?

MIGUEL. Es posible?

MATEO. Como usted lo oye.

JUANA. (Furiosa.) Pero no será! Yo lo impediré. Ese hombre me ha dado palabra de casamiento! Ese hombre es un vil! un infame! Acudiré á los tribunales, pediré justicia, diré que estoy sola en el mundo, y si esto no basta, si nadie quiere ampararme, me defenderé yo misma! Pues qué? No hay más que jugar con el corazon de una mujer sensible? No hay más que burlarse de la inocencia? Ay qué hombres! Todos iguales! Todos pérfidos, infames, iní–

cuos! Soy muy desgraciada, don Mateo, créame usted, soy muy desgraciada. Ay Dios mio, Dios mio! Por qué se habrá muerto mi difunto?

MATEO. Vamos, cálmese usted, Juanita. Aquí lo más importante es impedir esa fuga. Y de eso me encargo yo.

JUANA. Ay! Dios se lo pague á usted.

MIGUEL. Pues ya debe ser la hora, porque yo estoy algo atrasado, y...

JUANA. Eso le pasaba á mi marido. Tenía un reló de familia que tocaba el himno de Riego cada cuarto de hora, pero el condenado nos hacía llegar tarde á todas partes.

MATEO. Tarde y con música.

MIGUEL. Silencio... No han oido ustedes? Acaba de dar la una en el reló de la escalera.

MATEO. Pues cada cual á una puerta. (Á Juana.) Usted á su cuarto. Usted al mio, y yo me quedo para cortar la retirada.

JUANA. Yo no sé si me podré contener.

MATEO. Mucha calma.

MIGUEL. (No, pues yo no me convenzo.) (Vánse como indica el diálogo.)

ESCENA ÚLTIMA.

INOCENCIO, luégo ELISA.

INOC. Nadie! Gracias á Dios... Hay que aprovechar los instantes... (Llama en la puerta de Elisa.) Elisa!

ELISA. Es la hora?

INOC. Sí: Anda pronto.

ELISA. Ya estoy.

INOC. Pues vamos.

ELISA. Cómo tiemblo.

INOC. (Ofreciéndola el brazo que ella toma.) Me parece mentira que al fin vamos á salir de aquí, que me he de ver libre de esa cursi.

ELISA. Y yo de ese necio.

JUANA. ¡Infame! (En la puerta.)

MIGUEL. (Cómo disimula!) (En la puerta.)

INOC. Y sobre todo de ese mameluco de don Mateo.

MATEO. (Mameluco!) (En la puerta.)

ELISA. (Ay, no me hables de ese hombre.)

MATEO. (Ya te lo contaré yo.)

INOC. Vamos. Pero ántes, déjame que te abrace, porque tengo una alegría...

ELISA. Pues nada, que no se quede en proyecto. (Se abrazan.)

JUANA. Oh!

MIGUEL. Oh!

MATEO. (Eso es. Viva la franqueza!)

INOC. Vernos mañana en nuestra casa de Madrid, poder decir á todo el mundo, yo no me llamo Juan Perez, sino Inocencio Quesada, y no tener que ocultar á nadie que eres mi mujer, mi legítima mujer.

MATEO. Su mujer! (Saliendo.)

MIGUEL. Su mujer! (Saliendo.)

JUANA. Su mujer! (Cae llorando en un sillon.)

INOC. (Adios mi dinero!)

ELISA. (Jesús me valga!)

MATEO. Conque su mujer!

INOC. Sí señor, mi mujer, y por eso me la llevo quiera usted ó no quiera, y en cuanto á ese caballerito, ya le buscaré yo en Madrid.

MIGUEL. No, no tiene usted que molestarse. Yo mismo iré á buscar á usted en cuanto vuelva de un viaje que me he comprometido á hacer por el extranjero y que durará pocos años.

ELISA. Pues que usted se divierta.

MIGUEL. (Ya me he divertido!)

JUANA. Ay don Mateo! Esto ha sido un golletazo!

MATEO. Tranquilícese usted.

JUANA. Yo me muero.

MATEO. Vamos, no sea usted así. Yo tambien me empeñé en que no me la pegaran y al cabo me la han pegado.

JUANA. No puedo, don Mateo; las mujeres como yo no quere-

mos más que dos veces en el mundo.

MATEO. Ántes dijo usted que tres.

JUANA. Todo puede ser, don Mateo de mi alma, todo puede ser.

ELISA. (Al público.)

Esta pieza al escribir
los autores, que la hicieron
en breves dias, quisieron
tan sólo haceros reir.
Si han logrado que así fuera,
en señal de aprobacion,
dadles, con vuestro perdon,
una palmada siquiera.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, y *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 25.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.